

EL HERMANO BARTOLO,

periódico inocente.

REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE DEL MEDIO, NUM. 5.

LA IGUALDAD comienza á re-
zar el oficio de difuntos por las
Córtes Soberanas.

Del juicio de residencia que
hace de las mismas, tomamos
lo siguiente:

Desde que existen Parla-
mentos en el mundo, ninguno
ha decaído tanto, ninguno ha
venido á un estado tan deplora-
ble como las Córtes Constitu-
yentes de 1869.

Todos los periódicos, desde
los mas exageradamente mi-
nisteriales hasta los de mas ru-
da é intransigente oposicion;
todos los partidos, y hasta los
diputados mismos de las diver-
sas fracciones que componen
la Asamblea, convienen en que
esta, á pesar de su soberanía,
se ha puesto en pugna con la
opinion pública, enajenado las
simpatías del país y venido á
un estado lamentable de pos-
tracion, de nulidad y de impo-
tencia.

Pronto hará un año que LA
IGUALDAD anunció á sus lecto-

res ese fenómeno parlamenta-
rio, efecto natural y rigurosá-
mente lógico de causas de to-
dos conocidos, que la servil
adulacion y pequeñez de miras
de la prensa ministerial no sa-
bia ó no queria explicarse, pa-
ra ocultar al país el vicio ori-
ginario, el cáncer inveterado
que corroe las entrañas de esta
situacion indefinible, que ni es
revolucionaria, ni conservadora
ni liberal, ni parlamentaria, ni
siquiera tiene un carácter mar-
cadamente reaccionario, por lo
mismo que está amenazada y
á punto de desaparecer al im-
pulso de tres distintas reaccio-
nes.

La Asamblea Constituyente
ha sido sorprendida en flagran-
te delito de inconsecuencia, de
contradiccion y de veleidat dos
veces por semana, y si hubié-
ramos de creer con M. Quinet,
que esa irregular conducta de
los representantes de un gran
pueblo es un eclipse de la
conciencia humana, que se ad-

vierte siempre en las grandes
caídas de las libertades publi-
cas, vendriamos á deducir que
no está lejano el dia de la gran
catástrofe para la estéril revo-
lucion de Setiembre.

¿Qué han hecho las Córtes?
ó mejor dicho ¿qué ha hecho la
mayoría de las Córtes desde que
estas dieron principio á sus ta-
reas, sino contradecirse á cada
momento y abdicar en cada
sesion?

Ella ha faltado á sus com-
promisos con el pueblo, votan-
do el restablecimiento de las
quintas y de los consumos,
aumentando los presupuestos,
creando nuevas contribucio-
nes, como la de capitacion,
autorizando repetidos y enor-
mes empréstitos, consintiendo
la falta de publicidad y de lic-
tacion en las operaciones del
Sr. Figuerola y tolerando todo
género de abusos administra-
tivos.

Ella, que debia contar, como
su mas firme sosten y eficaz

apoyo, con la malicia ciudada-
na, ha visto con indiferencia,
tal vez con júbilo desarmar á
los voluntarios de la libertad
en todas las poblaciones im-
portantes.

Ella, que hacia alarde de
generosidad con los reacciona-
rios vencidos, se ha mostrado
inhumana é implacable con las
ciudades mas liberales, mas
ricas y populosas de España,
viendo con imposibilidad pas-
mosa, y sin la menor protesta,
bombardear sucesivamente á
Cádiz, Málaga, Zaragoza, Va-
lencia y Barcelona, sin duda
porque participa de la extra-
vagante opinion de un ministro
doctrinario de Francia, segun
el cual EL DERECHO DE LOS PUE-
BLOS SE FUNDA SOBRE LA SANGRE.

Ella ha permitido hollar im-
punemente los derechos indi-
viduales, restablecer leyes dra-
conianas de tiempos lejanos,
expedir leyes bárbaras de ex-
terminio, y fusilar sin forma-
cion de causa á ciudadanos

FOLLETIN.

EL IDIOTA.

(Continuacion.)

Llegó la fiesta del patrono del pue-
blo, y un sin número de extranjeros
acudieron á celebrarla. Había entre
ellos un teniente cuyo regimiento
estaba de guarnicion en la ciudad
inmediata. Su cruz laureada de San
Fernando, su brillante uniforme, y
sobre todo su elegante porte, tras-
tornaron la cabeza á todas las jóve-
nes del pueblo; pero el militar solo
había fijado su atencion en una, y
esta era Luisa. La sencillez de las

costumbres campestres le facilitaron
los medios de entrar prontamente en
relaciones con ella.

Una tarde que le habia pedido un
vals, en el momento que le presen-
taba su mano, se adelantó Eusebio
y agarró la que Luisa alargaba el
militar. Todo el mundo se echó á
reír, pero el oficial que no conocia
al idiota le rechazó con sequedad. El
pobre muchacho se retiró triste y pá-
lido, y abandonó el baile dirigiendo
á Luisa una mirada indefinible de
amor y de melancolía. El velo se habia
rasgado... Eusebio amaba, y su pa-
sion le devoraba en silencio. Amaba
el infeliz, y no sabia decirlo. Las mi-
radas no llegaban á sus ojos, ni las
palabras á sus labios; su voz era in-
capaz de traducir su corazon.

El oficial prolongó su morada en
el pueblo de Luisa, veiale por la ma-

ñana, por la tarde, á todas horas.
Estaba poseido del fervor de la edad
juvenil y se inflamaba con los fue-
gos que queria encender. Luisa no
resistió á la seducción, y le amó casi
á su pesar. Hay momentos en que
el alma de una joven está de tal mo-
do dispuesta, que á poca costa se la
gana. Se parece á la flor, que apenas
abierta, se inclina muellemente sobre
su fragil tallo, y que abandona sus
perfumes al primer céfiro que la aca-
ricia con su soplo.

El aspecto varonil de su adorador,
la brillantez de su uniforme podian
haber deslumbrado sus ojos, pero no
era esto lo que habia cantivado su
corazon. No reparaba en las distin-
ciones de clase y de fortuna, y lo
que engrandecia á su amante á su
vista era la diferencia que notaba entre
sus maneras y sus costumbres y las

de la sociedad en que habia vivido.
Gozando de una alegría silenciosa,
escuchaba religiosamente cada pala-
bra que caía de sus labios y un de-
licioso extasis coloreaba sus mejillas.
Sí, en su angelical admiracion, ar-
riesgaba una tímida mirada, se son-
rojaba y se sonreía á la vez, experimen-
tando aquel encogimiento que el pudor
y la alegría producen naturalmente
en una joven. Luisa era feliz; no se
ocupaba del porvenir, y el amor le
rodeaba con sus mil seducciones.

Poco se tardó en notar la intimi-
dad que entre los dos se habia esta-
blecido, pero ninguna de sus com-
pañeras envidiaba la felicidad que á
Luisa prometia su enlace con el oficial
porque nadie creía que pudiese exis-
tir un hombre capaz de engañar á
una joven tan discreta y tan ama-
b'e como Luisa; y su madre daba ya

indefensos, y talvez inocentes,

Ella ha tolerado que el gobierno infrinja sistemáticamente la Constitución recientemente promulgada, la ha infringido ella misma en algunos de sus más importantes artículos, y dejado en suspenso el cumplimiento de otros muchos.

Ella, en fin, ha falseado, pervertido y desconceptuado el sistema constitucional parlamentario, por medio de combinaciones cabalísticas, de juntas secretas, de comisiones directivas, de arreglos, de negociaciones y de credenciales, proponiéndose sin duda parodiar, por no comprender su verdadero alcance, una frase que hizo fortuna, de M. Bismarck, á quien se atribuía el propósito de ENTERRAR EL PARLAMENTARISMO EN EL PARLAMENTO.

Esta es la historia, la brillante historia que nos ofrece la mayoría de las Cortes Constituyentes, devorada por luchas intestinas, por rivalidades odiosas, por mezquinas cuestiones personales, dividida en bandos, fraccionada en grupos, y trabajada por influencia y aspiraciones opuestas.

¡Y las Cortes en donde hay esa mayoría se llaman soberanas! ¡Y hay quien conserva todavía la esperanza de que pueden levantarse de su postración, realzar su debilitado

gracias al cielo por la suerte brillante que preparaba al único fruto de su amor. No le hacía pregunta alguna cuando se retiraba mas tarde de lo acostumbrado; la besaba en la frente, y era feliz porque en sus ojos veía brillar el amor y la inocencia. Una vez sin embargo, la larga ausencia de Luisa inquietó terriblemente á su madre. Decidida á reconvenirla, la vió entrar lentamente en compañía del pobre idiota. Palpitaban sus arterias, abrasaba su cabeza y todo su cuerpo temblaba: la fiebre consumía aquella hermosa criatura.

Desde aquella fecha, Luisa sufrió una revolución completa; las rosas de la salud no coloreaban ya sus mejillas; sus hermosos ojos, ribeteados de un círculo de plomo, estaban hundidos en sus órbitas; nada podía distraerla de la tristeza que la devo-

prestigio y salvar la patria y la revolución!»

TIROS SUELTOS.

El efecto que ha producido en esta Capital las nuevas tarifas que han de regir, es por demás espantoso; sabemos de muchos comerciantes é industriales que antes de ser despojados bajo esa forma se hallan dispuestos á cerrar sus tiendas y sus comercios. Todo el mundo cree que Figuerola se ha vuelto loco.

Al Clero y á las clases pasivas que hace meses que no cobran, hay que añadir en esta provincia el personal de obras públicas que también se les adeuda el mes de Marzo. ¡Es mucha la España con honra!

Sobre treinta y tantos peones camineros quedan cesantes en esta provincia, con los cien kilómetros de carretera, paralelos al ferro-carril que se declaran FEDERALES.

Dentro algunos meses si se le ocurre á alguien hacer un viaje á Valencia en carruaje, tendrá que recibir antes los sacramentos como en los tiempos de antaño: así podremos decir que pagamos á la moderna y vivimos á la antigua.

Con motivo de la separación de Cabrera de las huestes de D. Carlos, sus partidarios que son muchos en el Maestrazgo donde principalmente hizo la guerra, murmuran contra los Tena-

raba. Si la saludaban, sus rodillas se doblaban bajo el peso de la vergüenza; si la hablaban afectuosamente, las lagrimas eran su respuesta. Dominada por un presentimiento indefinible, y oprimida por los gritos de sus remordimientos, se arrastró un día á los pies de su madre, y, con voz apagada y sollozando, le hizo la cruel declaración de su falta. Debilidad por la edad y el pesar la recibió esta en sus brazos y lloró con ella.

—¡Oh! hija mia, le dijo; soy mas culpable que tu... Mi ceguera... tu inesperienza... ¡Oh! ¡si tu padre supiera!...

Un solo pensamiento reanimó el valor de aquella pobre madre, la esperanza de ver casada á su hija con su seductor; pero esta ilusión no duró. La familia del oficial era demasiado

orgullosa para permitir una alianza tan desproporcionada; y este por su parte no deseaba tampoco casarse con la aldeana, como así tuvo la crueldad de manifestárselo.

Te amo, querida mia le decía, y nunca te abandonaré, pero no exijas de mí otra cosa. Luisa se había quedado inmóvil de sorpresa, porque dando entera fe á los juramentos de su amante, no alcanzaba cómo podía amarla y hacerle traición al mismo tiempo y como podía entregarla á la vergüenza de sí misma y al desprecio de los demás. En la última entrevista que los dos tuvieron, juró él no volverla á ver, si se atrevía á importunarle de nuevo con exigencias que no venían al caso.

Sin embargo, obedeciendo á su madre, Luisa va á hacer el último esfuerzo. Con paso incierto se encamina

al sitio ordinario de sus citas. La noche había llegado ya; un frío excesivo cubría la tierra con un luengo manto de escarcha; una brisa del norte silbaba á través de las cabelleras de los chopos, y agitaba en el espacio densos vapores parduzcos ora aglomerados, como montañas en movimiento, ora sueltos y extendidos, como bandadas de pájaros nocturnos. Algunas estrellas brillaban en el firmamento á través de los claros que dejaban las nubes. El oficial estaba de pié apoyado en un árbol; ya no era el amante apasionado, con la sonrisa en los labios, y cuyos brazos se abrían en otro tiempo para apretarla contra su corazón. Luisa se acercó á él con timidez, le habla de su amor, del hijo que llevaba en su seno; le pintó sus tormentos y la ansiedad de su alma; dijole en fin, que su madre, enterada de todo, «exigia» su enlace.

«La Igualdad no deja descansar al ministro de la Gobernación. Ayer le dedica el suelto siguiente:
¡Pobre Rivero! Si no fuera por lo de los 4,000 hombres y el empréstito Erlanger casi daría lástima. Limon estrujado le llama el uno; quítale el otro su sota-ministro en ciernes, y levántase por todas partes un clamoreo general de que Rivero es hombre al agua. ¡El, que vino á tomar el ministerio dejando los más altos puestos, verse hoy de esta manera condenado á mortal tumbó, sin haber tiempo siquiera de plantear sus soluciones! ¡Válate el diablo, y cómo debe sentirse esto de ser hombre al agua!

Nosotros, dicho sea con confianza, si estuviéramos en el pellejo del señor Rivero, seríamos de la opinión del mosquito de que nos habla Quevedo en su famosa letrilla:

«Dijo á la rana el mosquito desde una tinaja: mejor es morir en vino, que vivir en agua.»

En EL EUSCALDUNA del 19 encontramos el siguiente párrafo, cuya inocencia se percibe á gran distancia:
«Un periódico de Barcelona ha publicado los siguientes párrafos; sobre los cuales llamamos la atención de nuestros lectores:
«Se nos ha manifestado que el marqués de los Castillejos, desde que se halla al frente de la situación, ha pagado todas sus deudas, que se hacían ascender á la suma de cuatro millones de reales.
»Nosotros que le hemos combatido

ha hecho incompatible por su incapacidad, y más que nada por su incalificable misterio en la parte más esencial de la gestión de la Hacienda pública.

«La Igualdad no deja descansar al ministro de la Gobernación. Ayer le dedica el suelto siguiente:

¡Pobre Rivero! Si no fuera por lo de los 4,000 hombres y el empréstito Erlanger casi daría lástima. Limon estrujado le llama el uno; quítale el otro su sota-ministro en ciernes, y levántase por todas partes un clamoreo general de que Rivero es hombre al agua. ¡El, que vino á tomar el ministerio dejando los más altos puestos, verse hoy de esta manera condenado á mortal tumbó, sin haber tiempo siquiera de plantear sus soluciones! ¡Válate el diablo, y cómo debe sentirse esto de ser hombre al agua!

Nosotros, dicho sea con confianza, si estuviéramos en el pellejo del señor Rivero, seríamos de la opinión del mosquito de que nos habla Quevedo en su famosa letrilla:

«Dijo á la rana el mosquito desde una tinaja: mejor es morir en vino, que vivir en agua.»

En EL EUSCALDUNA del 19 encontramos el siguiente párrafo, cuya inocencia se percibe á gran distancia:

«Un periódico de Barcelona ha publicado los siguientes párrafos; sobre los cuales llamamos la atención de nuestros lectores:

«Se nos ha manifestado que el marqués de los Castillejos, desde que se halla al frente de la situación, ha pagado todas sus deudas, que se hacían ascender á la suma de cuatro millones de reales.

»Nosotros que le hemos combatido

al sitio ordinario de sus citas. La noche había llegado ya; un frío excesivo cubría la tierra con un luengo manto de escarcha; una brisa del norte silbaba á través de las cabelleras de los chopos, y agitaba en el espacio densos vapores parduzcos ora aglomerados, como montañas en movimiento, ora sueltos y extendidos, como bandadas de pájaros nocturnos. Algunas estrellas brillaban en el firmamento á través de los claros que dejaban las nubes. El oficial estaba de pié apoyado en un árbol; ya no era el amante apasionado, con la sonrisa en los labios, y cuyos brazos se abrían en otro tiempo para apretarla contra su corazón. Luisa se acercó á él con timidez, le habla de su amor, del hijo que llevaba en su seno; le pintó sus tormentos y la ansiedad de su alma; dijole en fin, que su madre, enterada de todo, «exigia» su enlace.

(SE CONTINUARÁ.)

como general, nos apresuramos á aplaudirle como á deudor.»

«También se supone que el Sr. Figuerola tiene depositado en el Banco de Londres, la importante cantidad de un millón y medio de duros.

«A ser cierto el hecho, se comprende la abnegación que ha tenido el último ministro resistiéndose á dejar la cartera en medio de la silba general.»

«Cuando le digo á V. que le adoro!»

COINCIDENCIA NOTABLE.

En el Libro de las Montañas, del Sr. D. Antonio de Trucha, se encuentra el siguiente romance, que ponemos hoy á la consideración de nuestros lectores:

LA CASA DEL HOMICIDA.

La casualidad guiaba mis pasos á aquella parte, que yo amaba la casita escondida entre los árboles, á la sombra de la iglesia que domina el fértil valle, porque era, blanca y lo blanco es el color que me place.

Su interior, donde jugaban los niños mañana y tarde, por sus ventanillas podía contemplar el caminante, y ¡cuántas veces, oyendo las risas de aquellos angeles, dije: «¡Ahi vive una familia venturosa como nadie!»

Pero ningún pasajero trasapaba sus umbrales, que todos huían de ella como de morada infame; y era... que allí vive un hombre que mató á su semejante, ¡y aquel hombre en cada mano lleva una mancha de sangre!

Esta bellísima composición es una fiel traducción de la original hecha en francés por M. de Latour, secretario del duque de Montpensier.

Por eso hemos encabezado estas líneas con el epigrafe de «Coincidencia notable!»

De nuestro festivo colega «La Gorda» tomamos el siguiente artículo.

¿QUIEN VIVE?

—Pues señor ¿dónde está el país?

—Diré á V.; la semana anterior se le ha visto lleno de vida en los templos que han quedado en pie; fuerte con su piedad para poder dar la ley en España, en vez de recibirla de un puñado de impíos; grande con su fé católica para que resalte mas y mas la insolente pequenez de los ateos; ferviente en sus oraciones, hasta el punto de que los revolucionarios dicen respirando á sus anchas.— ¡Bah! es un país que no se come sino los santos!»

Y los revolucionarios dicen bien.

Después de Semana Santa ya no se encuentra al país por ninguna parte, y naturalmente siguen considerándolo como un país perdido.

—Pero señor, ¿dónde está la representación nacional?

—Diré á V.; perdido el país...

Aunque si bien se mira la representación nacional vá por muy distintos caminos.

No se la verá en los templos subsistentes, sino en los templos derribados.

Su piedad no es fuerte sino en otorgar pensiones

Su fé no es grande sino en los empréstitos misteriosos.

Sus oraciones no son fervientes sino cuando hierven en improperios.

Se vé asimismo á la representación nacional en otras muchas partes, aunque dividida en fracciones.

En la tertulia progresista representa á Sagasta, que es un cuerpecito de doctrina antidemocrática, al cual anima secretamente la union liberal diciéndole: «¡anda salero!»

En el Ministerio de la Gobernación representa al jefe de los cimbrios, corpaçon animado de un espíritu liberal que se cimbreá y del cual dicen riéndose los unionistas:—«Que heche á andar, y pronto le veremos en el suelo.»

En el café de la Perla, la representación nacional es un conjunto de incompatibilidades, ó sea un cuerpo opaco que á la luz de la ley electoral quiere hacer sombra, y del cual dice el Gobierno al verle con Madoz á la cabeza: «Que lleva V. la peluca torcida.»—Y el contesta sin reparar en las calvas de Echegaray y Figuerola:—«Lo mismo le digo á V., mi ex-amo.»

En el salon de conferencias, la representación nacional representa perfectamente á la hidra revolucionaria, con una porción de cabezas que abren las bocas y echan fuego por los ojos, con una cola desmesuradamente larga, con unas escamas, en fin, que no dejan de tener cierto fundamento.

No se puede decir por lo mismo que la representación nacional sea cosa perniciosa; no se puede decir tampoco que sea cosa ganada; no se puede decir siquiera que sea cosa alguna que signifique orden ó concierto.

Es una quisicosa que el gobierno no acierta á descifrar, ó si se quiere, un rompe-cabezas del gobierno.

Así sea.

—Pero, señor, ¿dónde está el gobierno?

—Diré á V.

El regente cazando de corto en sus posesiones de la Granja.

El presidente del Consejo tirando de largo en sus posesiones de Madrid.

El ministro de Estado de ojeo en sus posesiones de la Mancha.

El de Gracia y Justicia cazando curas en la Mancha de sus posesiones.

El de Fomento cazando moscas en sus posesiones de la Alhambra.

El de Hacienda dejándose cazar en su Banco de Paris.

El de Gobernación á caza de pretextos para cohonestar la ruinosa operación de crédito con la casa Erlanger.

El de Marina tejiendo sus redes oratorias para pescar un discurso.

El de Ultramar haciendo esfuerzos para que no le pesquen los voluntarios cubanos.

Parecerá tal vez por las anteriores noticias que todos los individuos del gobierno revolucionario están idos; pero hay datos fundados para presumir que algunos ya están de vuelta, y eso se aclarará durante el mes otorgado al reo Antonio de Orleans para que cumpla su condena.

Entre tanto, en el Consejo de ministros celebrado ayer, largo y estrecho como alma de suerte, se han adoptado las resoluciones siguientes:

No proveer los destinos vacantes, á fin de que el presidente del Consejo no hubiera de decir como el de la Asamblea:—«Se acabó, no podemos entendernos.»

No seguir discutiendo la ley electoral, á fin de que los partidarios de las incompatibilidades no puedan decir:—Ya empezamos á explicarnos.»

No continuar el debate sobre la Constitución de Puerto-Rico, á fin de que no puedan decir los unionistas á los radicales:—«Ya nos vamos entendiendo.»

No discutir el presupuesto de ingresos, sino la autorización para plantearlo, á fin de que no puedan decir los cimbrios sarcásticamente:—«¡Cómo se vá explicando Figuerola!»

No tratar por ahora la cuestión de monarca, á fin de que pueda decir el general Prim separadamente á tirios y troyanos:—«Yo me entiendo.»

No hablar tampoco de la disolución de la Asamblea Constituyente.

—Entendido, entendido; solo se tratará del matrimonio civil, que como suele decirse, es carne para picaros, y de los proyectos contra la Iglesia católica, que es carne de pascuezo.

—Pero, señor, si al país no se le encuentra por ninguna parte, si la representación nacional parece una devanadera, si el gobierno está hecho un ovillo, ¿como se ha de responder al ¿quien vive? de los centinelas sin faltar á la verdad, y sin que hagan fuego sobre los transeuntes?

Es muy sencillo.

—¿Quien vive?—La disolución.

—¿Qué gente?—Esa genticita.»

CURACIONES MARAVILLOSAS.

Bien está que no se conceda á la revolución de Setiembre un título académico, que acaso desdeciría de sus merecimientos literarios. Ella, por su parte, se

contenta modestamente con el dictado de gloriosa, y lejos de aspirar á obtener fama de científica, se la vé demostrar con repetido empeño que si ha tenido complices, en cambio no ha tenido condiscipulos.

Ulzurum en Sevilla, Mijares en Palencia, Ezcarti en Victoria, y sobre estos postes gubernamentales que desdennan el nombre de columnas, el monumental Rolandi, que en la provincia de Gerona está acreditándose de leño entre sus administrados, son vivos testimonios de que la revolución no tiende á distinguirse por su amor á la gramática.

Pero sin saber leer ni escribir se ha visto con frecuencia al empirismo arrebatar á la ciencia su parroquia, y no se puede negar que la revolución hace cada día empíricamente nuevos milagros.

Leprosos inveterados le deben el singular favor de gallardearse en medio de la sociedad que antes los desechara de su seno como impuros agotes; mantos que hasta el advenimiento suyo no habían podido acar las manos de los cabestrillos, las mueven ahora con toda libertad, metiéndoselas en varias partes hasta los codos; tullidos y cojos, que no podían dar un paso sin caer en las cárceles, hacen ya con toda rapidez carreras asombrosas.

Y si el empirismo de la revolución se ha hecho notable en todo género de operaciones, incluso las de crédito, lo es más en las que se refieren á la vista.

En este particular, tiene la doble virtud de volver ciegos á los que están agurdando con cien ojos el día de la verdadera libertad, y de hacer que los obcecados que se pusieron en sus manos empiecen á ver las estrellas.

La revolución, como oculista, es superior á todo encarecimiento

A los que al calor de sus fortunas vivían indiferentes en sus casas; atacados por la gota serena del egoísmo, los ha convertido en Argos vigilantes que se resisten á que el sueño les cierre los ojos, temiendo que el socialismo armado de una palanca más poderosa que la de Arquimedes, desquicie con ella las arcas de hierro en que guardan sus tesoros.

Y es por cierto una buena obra de la revolución haber conseguido que los egoistas, según es propio de su naturaleza de liebres, hayan de dormir con los ojos abiertos.

Mas no es esa la operación más importante entre las muchas que hace diariamente la curandera que cada vez causa á España mayor asombro; no es tampoco la que consiste en haber hecho brotar lágrimas de ojos que se mostraron secos ante los infortunios de la patria, y que ahora se humedecen ante sus personales infortunios.

La revolución de Setiembre, hábil como ninguna en batir las cataratas formadas por el excepticismo, va rompiendo poco á poco con su histuri las cataratas del cielo, y el día ménos pensado la sociedad española que apenas vé gota, verá claramente las aguas del diluvio.

En esto es en lo que principalmente estriba su mérito, y en una curación reciente que parecerá maravilla á los ojos de Europa.

Habia en España una noble matrona, ciega de nacimiento, la cual no veía seguramente tres sobre un asno, pues que no vió venir en tiempo oportuno á tres cri

muñecas elevados á héroes en virtud del triunfo revolucionario.

Entendida esa matrona al tratamiento inconsciente de la revolución, hizo abrir la diestra mano para colocar en ella una navaja en vez de la espada que tenía, púsole en la siniestra en lugar de balanza un embudo, y arañando con osadja temeraria la venda que le cubría los ojos, la ha trasformado por completo.

La matrona se llamaba justicia á secas, y ya lleva un apodo degradante.

Tenia un origen divino, y se ha humanizado.

Había bajado á la tierra para habitar en ella durante la edad del oro, y al venir la edad del papel bonificado, se ha vuelto al cielo.

A la justicia ciega ha reemplazado, en fin, una justicia que vé, y esto se prueba por las diferencias esenciales que se advierten en sus golpes.

La sombra de Balanzategui, saliendo de su tumba con las señales de las balas que habían penetrado en su pecho sin autorización de las leyes, se acercó en el Congreso al reo de muerte Suñer y Capdevila, para decirle en confianza:

—«No temas á la justicia revolucionaria; esa es una mujercuela que se derribe con los impíos, y protege á los conculcadores del orden social.»

Y la justicia revolucionaria protegió en efecto la retirada del reo de muerte Suñer y Capdevila.

Esa misma justicia, que por lo directamente que va á la casa de curas revela ser anti-presbitero, en asuntos militares está sujeta á varios estrabismos.

Trocando no solamente los ojos, sino también los frenos, parecía como que miraba al juzgado de Gelafe para afirmar que el infante Don Enrique había muerto de un modo fortuito, y ahora resulta que miraba á la capitania general para descubrir un duelo fratricida.

Congratulémonos, sin embargo, de que el duque de Montpensier haya sido visto por la justicia revolucionaria; mientras que la justicia divina le va á los alcances. La lenidad de la una será compensada por la severidad de la otra; y la sangre directamente vertida por el protagonista de la revolución de Setiembre, mezclada con la que todavía no se vé en sus manos por hallarse cubiertas de una costra de oro, formará un lago suficientemente profundo

para que naufrague en él la fragata de su ambición, aunque Topete le sirva de piloto.

Entre tanto, he aquí un rasgo de la justicia de la revolución, que la caracteriza perfectamente.

Mirando de hito en hito al fratricida, escudriñando dónde podría herirle más á lo vivo y de la manera que la familia del muerto participase del golpe, ha condenado al duque de Montpensier á que pague con treinta mil pesetas el balazo, en virtud del cual han quedado huérfanos los hijos del infante Don Enrique.

Rasgo verdaderamente característico de una revolución tan gloriosa, que en todas partes está viendo dinero ménos en las arcas del Tesoro.

Rasguño hecho á la vez en el bolsón del fratricida y en el corazón de los huérfanos, por el cual se deduce que la espada de la justicia se ha tornado en navaja.

Pero no es tanta la perspicacia de la ex-noble matrona, á quien la revolución ha quitado la venda, que lo vea todo.

Ha visto un duelo á muerte, para castigarlo sin gran extorsión de la comodidad é intereses del fratricida.

Ha visto al duque de Montpensier, no sentado en el banquillo de los reos, sino recibiendo besamanos en su casa.

Ha visto al actor cuando ha tenido por conveniente dejarse ver, y no se tiene noticia de que haya visto á los padrinos.

¡Justicia revolucionaria! Permíteme admirar la maravillosa destreza del operador que te ha abierto los ojos.

El empirismo de la revolución deja atrás á la misma naturaleza: porque si todo fiel cristiano tiene ojos para ver las dichas, las miserias, tú, ¡oh justicia revolucionaria! has sido operada de manera que solo ves lo que te conviene.

Convengamos nosotros en que la revolución hace diariamente milagros, que convierten á Madrid en «Corte de los milagros.»

CASTELLON.

Establecimiento Tipográfico
de Ordóñez y Cardona,
junto á las oficinas del Estado.

ANUNCIO.

GABINETE CLINICO.

En el dia de hoy queda abierto al público, en la calle del Medio, núm. 5, junto á la fonda de España, Farmacia de D. Domingo Calbo, un elegante Gabinete dirigido por entendidos y acreditados profesores de esta Capital, que poseen cuantos instrumentos y aparatos hacen necesarios los últimos conocimientos científicos, para precisar el diagnóstico, pronóstico y tratamiento de las enfermedades.

CURACION de las afecciones de la vista, herpes, escrófulas, enfermedades de las vias urinarias, reumatismo, elorosis, ictericia, hicticismo, catarros, afecciones de pecho, agudas y crónicas y demás enfermedades. **EL VENEREO** ó sífilis sin el uso del mercurio por el sistema de Mr. Ricord, y las calenturas intermitentes por un tratamiento especial.

Se recibe en consulta todos los dias no festivos, de once á doce y media de la mañana. Castellon 10 Abril 1870.

NOTA. Los pobres de solemnidad, previa justificación de serlo, serán tratados gratis.

Es impo
á la verda
se apoder
revolucion
terilidad
ha llevad
to de Setie
monarquía
lajo la di
sufrío eno
den social
desprecia
principios
ya este si
ha sucedie
nos la ruin
la miseria
armada en
ciudades,
dominacio
gobierno)
gun tiempo
tratado en
ha aument
nes, y fom
nia, sin qu
libertad de
ridau de l
monarquía
constitucio
mar el cóo
nables y t
lleva la fi

FOL

EL

—¡Nuestro
roadte esta lo
¡Nuestro en la